

ÚLTIMO PRIMER VIERNES

(En el escenario hay una silla de lona, con un sobre cerrado, sujeto al respaldo con celo).

NARRADOR- Estamos ante la iglesia de Jesús de Medinaceli en Madrid, famosa por la cola que se forma cada primer viernes de marzo, una cola inmensa que baja hasta el Prado y sube por Atocha, y recorre zigzagueando las callecitas del barrio de las Letras... Una cola compuesta sobre todo por personas de edad, que cogen sitio varios días antes y acampan allí, algunos en sillones o colchonetas, todos a la intemperie, excepto los más pudientes, que pagan a algún mendigo para que les guarde el sitio. Este año es Emilia la primera en llegar. O eso parece. Ni ella misma se atreve a comprobarlo.

(Asoma EMILIA, una mujer de setenta y tantos años, que avanza dos o tres pasos y se detiene. Se persigna y se santigua.)

EMILIA- *(Mirando al cielo.)* ¡Ay, Jesús, Jesús mío de Medinaceli! ¡Concédeme que esta vez sea yo la primera! Aunque sólo sea por los veintitrés años que llevo haciendo cola a la puerta de tu iglesia todos los primeros viernes de marzo, haz que no me encuentre a nadie ya esperando. *(Baja los ojos y la voz.)* O, por lo menos, que no me encuentre a esa tal Adela, la del verrugón en la nariz, que siempre se me pone por delante. *(Da unos pasos más, se detiene, se cubre los ojos con las manos, y a través de los dedos mira hacia la zona donde está la silla.)* ¡No hay nadie! *(Se destapa la cara.)* ¡Gracias, Dios mío! *(Satisfechísima.)* ¡Soy la primera! ¡La primera de tantos miles de personas como vienen a Jesús de Medinaceli...! ¡No me lo puedo creer! *(Echa a andar hacia la silla. Para sí.)* Claro que tampoco es tan raro, porque he llegado con diez días de antelación. El año pasado vine con una semana, y ya estaba aquí la pécora de Adela... Como vive en este barrio, lo tiene más fácil... *(Se detiene junto a la silla, sin reparar en ella.)* Y eso que lo que ella viene a pedirle a Jesús es una tontería, porque para tener un nieto no hace falta la intervención de Dios. Al contrario: hasta parece una falta de respeto que Dios intervenga en un embarazo. Que vaya su hija al médico, si es que tiene problemas... *(Suspira.)* Sin embargo lo mío, lo de que Rodolfo deje a la pelandusca con la que se largó y vuelva a mi lado, sólo me lo puede solucionar Nuestro Señor. Y espero que me lo solucione, porque, aunque se divorció de mí, en el fondo, ante los ojos de Dios, sigue estando casado conmigo. Además, yo no quiero a Rodolfo por vicio, que el año pasado le vi de lejos, y estaba el pobre hecho una ruinita. Lo que yo le pido a Jesús es que vuelva para morir a mi lado, decentemente, que vuelva a tiempo de enterrarse en el panteón de mi familia, aunque sólo sea para que yo no pase a la posteridad como si no hubiera hecho nada en la vida. *(Categórica.)* Me casé, y quiero que eso quede reflejado. *(Se toca los riñones con gesto de dolor.)* A ver si mi sobrino me trae pronto el sillón, que ya me empiezan a doler los riñones... *(Repara en la silla.)* ¡Anda! ¡Y esto? *(Con desolación.)* No me había dado cuenta, pero hay alguien antes que yo... *(Mira la silla más despacio. Asombrada.)* ¡No es posible! ¡Es “su” silla! ¡La de Adela! ¡Otra vez se me ha adelantado! Y ha dejado un sobre

aquí pegado... Un sobre cerrado. (*Coge el sobre y le da la vuelta, sin despegarlo.*) Bueno, cerrado, no. Sólo lleva la solapa metida... (*Lanza una ojeada alrededor llena de sospechas.*) Pero ella, ¿dónde está? Habrá bajado la silla y se habrá ido... (*Indignada.*) ¡Ah, pero eso no es así! Por mucha silla y mucho sobre que haya, si la dueña no está en su puesto, a mí no se me va a colar, y se lo pienso dejar bien clarito en cuanto aparezca. (*Mira la silla con codicia.*) Ganas me dan de sentarme un rato... No, no me siento, que dentro de una hora o dos me habrán traído mi butaca, que es mucho más cómoda. (*Da unos pasos y se sitúa delante de la silla.*) Y diré que me la coloquen aquí, la primera, porque para eso he llegado antes... (*Pensativa.*) ¿Y si pregunto en el bar éste de al lado, a ver si han quién ha dejado aquí esta silla...? Eso sí, con mil ojos para que no me quite nadie el sitio... (*Anda unos pasos y, tras volverse a mirar el hueco que ha dejado vacante junto a la silla, abre una supuesta puerta. Se oyen voces y entrechocar de loza. Para sí.*) ¡Madre mía, qué gentío hay aquí! A ver si me ve el camarero, porque no me atrevo a entrar, no vaya a llegar alguien en este momento y se me cuele... (*En voz alta, mientras sujeta la puerta.*) ¡Chico! ¡Eh, chico! No, no paso porque estoy en la cola de Jesús. Sólo quiero preguntarte si sabes tú quién ha puesto esa silla blanca a la puerta de la iglesia... ¡Habla más alto, que no te oigo con el ruido! (*Pausa, en la que escucha, mientras lanza una ojeada a su sitio en la cola.*) Sí, ya sé que es de la señora del lunar en la nariz. (*Para sí.*) ¡Si tú le llamas lunar a esa verruga...! (*Pausa, en la que se lleva una mano a la oreja para oír mejor. En voz alta.*) ¡Ah, que ha sido su hija...! ¿La de la señora...? (*Pausa. Perpleja.*) ¿Qué fue su última voluntad que sacaran ahí su silla? (*Conmocionada.*) Pero... ¿es que ha muerto? (*Pausa.*) ¡Ay, pobre! ¿Un accidente? ¿Qué dices? ¿Un accidente de coche con su marido? ¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento! (*Cierra la puerta y vuelve junto a la silla, cabizbaja.*) ¡Qué horror, qué noticia! Ha muerto y, por lo visto, su última voluntad era ser la primera en la cola también este año, aunque fuera en espíritu... (*Se rehace.*) Bueno, si es en espíritu, no importa, porque la primera en carne y hueso soy yo, y que Dios me perdone el descarar... (*Se persigna y se santigua, aunque se interrumpe, mirando el sobre.*) Y ese sobre, ¿qué tendrá dentro? Algo que habé escrito la hija en su memoria, seguramente... ¿Y si lo miro? Al fin y al cabo no está cerrado... (*Se inclina sobre el sobre, lo abre sin despegarlo del respaldo, y saca un cartoncito de colores oscuros.*) ¡Anda, si es un recordatorio de la pobre Adela! (*Lo mira, forzando la vista.*) O eso digo yo, porque no veo nada. Sólo que hay dos nombres, que serán el suyo y el de su marido. (*Saca unas gafas del bolso, se las cala y lee.*) “Rogad a Dios en caridad por el alma de Adela Pérez Agudo y Ro...” (*Con voz asustada.*) “Rodolfo Vílchez Lacasa...” (*Conmocionada.*) ¡Rodolfo! ¡Mi Rodolfo! Pero... ¿entonces...? (*Furiosa.*) ¡Sí, claro, no cabe duda ninguna! ¡Fue ella la que me lo quitó! ¡Por ella me pidió el divorcio! ¡Por esa zorrupia, y que Dios me perdone...! (*Golpea el recordatorio con el dedo.*) ¡Y aquí están los dos, juntos hasta en la muerte! ¡Y yo, sola, sola para siempre, no sólo ahora, sino también después, en el panteón de la familia...! (*Mira al cielo, indignada.*) ¿Y para eso, Jesús, llevo veintitrés años haciendo cola para ser la primera en besarte el pie? ¡Vamos, anda! (*Tira el recordatorio sobre la silla, y sale, renqueando furibunda.*)